



Bartra, R. (2019). *La Melancolía Moderna*. Valencia: PRE-TEXTOS.

Miguel Galiana Steinbrüggen<sup>1</sup>

---

¿Realmente es usual percibir la melancolía en nuestros tiempos? Como tantas otras obras, la mayor tarea de la que hoy nos convoca será lograr que nos posicionemos antes de que la experiencia termine. Ya en su avanzada madurez, Roger Bartra ha logrado lo que todo amante de la historia y las letras anhela conseguir. Sabemos lo difícil que es mantener un equilibrio entre estilo y sustancia cuando se tienen los dedos sobre el teclado, pues son demasiadas las veces en que los excesos literarios nos han provocado dificultades interpretativas. Sin embargo, Bartra, siguiendo los pasos estilísticos y estructurales de Walter Benjamin, no ha perjudicado su impecable reputación como un intelectual de lo más informado y fiable. No se ha de entorpecer el título de esta lectura encasillándola en un movimiento o una disciplina concreta: Bartra es un excelente antropólogo y su obra debe ser entendida simplemente como una reflexión compartida entre lector y autor en la que juntos visitarán joyas, a veces ocultas, de nuestra cultura. Podrá sentirse muchas veces la lejanía respecto al escritor al hablar de obras de arte, de personajes históricos y, a fin de cuentas, de hechos, pero casi siempre volveremos a encontrarnos con el inevitable carácter del escritor entre las líneas. Muchos han visto en sus temáticas algunas de las emergencias sobre las que el pensamiento actual debe detenerse, otros ven solo un capítulo más de las críticas a la

---

<sup>1</sup>maikigs96@gmail.com

modernidad que vienen encontrándose hace más de un siglo. Veamos por qué, tanto para unos como para otros, *La Melancolía Moderna* puede ser igualmente una experiencia enriquecedora.

La melancolía es un objeto de estudio inestable incluso para un historiador de las ideas. A veces, terrible; otras preciosa; pero siempre amarga. Bartra nos recuerda en sus primeras páginas que ya es veterano en este campo, y a grandes rasgos define la motivación de su presente ensayo. La alegoría del río negro con la que el libro da comienzo muestra ágilmente cómo este sentimiento no desaparecerá jamás, acompaña al hombre desde el inicio de su existencia y, en muchas ocasiones, lo sumerge en él. No obstante, el diagnóstico de este estado de ánimo en la modernidad es lo que genera una gran preocupación para el autor. Los humores negros, el ensimismamiento y la soledad son fáciles de percibir cuando uno alza la vista más allá de sus automatismos. El escritor no alargará en exceso su reflexión, pero nos ofrecerá ser nuestro Virgilio en un breve viaje a través de las mayores materializaciones que ha tenido la melancolía tanto a nivel biográfico como en representaciones artísticas.

Algunos de estos ejemplos de nostalgias famosas se ven reflejados en clásicos de la cultura universal bastante conocidos: encontramos la melancolía en el cuervo de Poe, en la vida de Kierkegaard o en los ataques de nostalgia de Churchill. Sin embargo, muchos de estos casos son menos predecibles, como en el de la vida y obra de Hopper. Bartra muestra una fotografía de este pesar visto desde perspectivas distintas y muy sugerentes: la soledad de una mujer que se siente objeto para un artista, el desgarramiento de saber que nunca más verás a la difunta amada, la tristeza tras el coito o la soledad que se siente al estar en un entorno inmenso ante el que uno se siente diminuto. ¿Cómo representamos estos momentos en el arte? ¿Cómo hacemos que la pintura exprese un suspiro o la poesía un momento de desesperación? ¿Por qué nos vemos empujados a vomitar esta amargura? Estas son preguntas que uno se tiene que repetir en cada capítulo.

Voluntaria o despreocupadamente, Bartra y Kierkegaard coinciden en muchos puntos: ambos se cuestionan, por ejemplo, si es este antiguo pesar realmente una desdicha para aquel que lo sufre o, más bien, una extraña bendición que se transforma fácilmente en arte al ser expresado. Asimismo, ambos coinciden en que la melancolía es una experiencia que uno vive sólo consigo mismo y que le permite a uno afirmarse de

nuevo como su propio *yo*. Ese *yo* tan exagerado de los artistas tiene como combustible este mal, su tragedia es el ver como siempre que expresan sus penas el público responde con los aplausos y elogios típicos de quienes han contemplado belleza. Sin querer, piden al artista que siga padeciendo.

Cabe destacar que merece la pena la indicación de cuál es el interés de esta obra incluso para los que repugnan la temática general de la misma, pues entiendo que muchos estén hartos de rodeos y observaciones lejanas que se hacen acerca de la crisis cultural que se vive o se cree vivir desde hace ya mucho tiempo. Las más de las veces no hay una respuesta satisfactoria para estos lectores, ya justificadamente hartos de las lamentaciones modernas y de verter lágrimas sobre la humanidad y su historia. Podríamos preguntarles irónica y algo maliciosamente qué más no les interesa. ¿Deberíamos dejarles de hablar de religión o de política porque también les aburre? ¿Acaso no es para todos igual de tedioso seguir dando vueltas a esas monótonas cuestiones? Posiblemente sí. Sin embargo, se debe perseverar, pues no se puede fingir que el problema es inexistente. Las preguntas por nuestra época no terminan con el hartazgo de algunos y, mientras haya malestar cultural, seguirán corriendo ríos de tinta.

Lo que puede interesar incluso a los indiferentes es la elección y, sobre todo, las críticas artísticas que contiene la propia obra. Bartra consigue vincular estos ejemplos de manera excelente con la temática global del ensayo. Así, lo mínimo que se puede llevar uno de este libro es un excelso descubrimiento artístico de pintores o escultores de culto que, muy a menudo, no se estudian en las ejemplificaciones paradigmáticas de un estilo, pero que sin embargo sí que son referentes en la expresión del sentimiento que nos ocupa. El tema no debe impedir en ningún caso el goce de observar cómo las palabras de Bartra acompañan a la imagen y permiten al lector sumergirse en cuadros, dibujos y esculturas en las que entra frío y sale versado en ellas.

Si algún reproche se le puede hacer al texto es la confusa relación que puede tener, en ocasiones, con su título. Si bien la melancolía está tan presente como es de esperar, la modernidad mantiene una posición demasiado implícita y lejana durante la mayor parte del texto; el autor pocas veces habla directamente de ella, aunque remite a la misma constantemente durante el ensayo. Se puede pensar en alguna ocasión que el ensayista no quiere sostener conclusiones firmes y plantea sus argumentos desde la objetividad más estricta, aunque también sea cierto que las imágenes y símbolos son tan

sugerentes que es inevitable a veces no dar por supuesto conclusiones que el libro no muestra.

Para finalizar, sería lo más justo comentar uno de los fragmentos más destacables del libro: el comentario de la obra de Giorgio de Chirico, que se encuentra en el capítulo genialmente titulado “Soledades urbanas”. Es la parte más perfecta de la obra y la que más acerca al ensayista a lograr el propósito que el título tiene desde un principio. Se trata de una muestra de ideas tan magistralmente pintadas que hacen insignificante la anterior crítica, puesto que la prosa de Bartra y las representaciones de majestuosas ciudades vacías parecen hablarle al lector con una única voz que ilustra con elegante crudeza el devastador abandono que acecha a miles de millones de individuos que, arrojados a la vida urbana, diluyen su identidad entre ríos y afluentes humanos que, cada vez más, tienen nostalgia de cuando sabían decir *yo*.